Rafael Angel Troyo

Terragomas

San José de Costa Rica
Imprenta Lines
MCM

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/terracotascuento00troy

TERRACOTAS

A mi distinguida amiga
Señora Mercedes Spinach
Con todo el cariño de
Rafael Angel Troyo

Terracotas

(CUENTOS BREVES)

POR

RAFAEL ANGEL TROYO

SAN JOSÉ, C. R.
MCM

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

IMPRENTA DE MARÍA v. DE LINES

San José de Costa Rica

ÍNDICE

	PÁGS.
PRELIMINAR, *por Máximo Soto Hall.*	11
I.—La Limosna.	17
II.—El Trajecito Blanco.	25
III.—Malicia.....	35
IV.—Samuel Rodin.	41
V.—Madre.	51
VI.—El Vendedor de Periódicos.	61
VII.—Marfil.	69
VIII.—El Fin del Poema ..	77
IX.—En la Playa.	85
X.—La Mariposa de Luz.	91
XI.—Sangre de Rosas.	99
XII —El Violín de Leda.	105

189240

897.286
T564t

PÓRTICO

Liminar

El autor de este libro es un turiferario que derrama los perfumes de su naveta en la capilla de Catulle Mendes, y su fe de creyente convencido le ha llevado á cincelar, sobre las bases del maestro, filigranas preciosas, cuentos pequeñitos, del tamaño de un corazón, pero constelados de bellezas como un jardín de flores ó un cielo

de estrellas. No hay en ellos la nota picante que lleva el rojo-fuego á las mejillas encarnadas de las niñas y hace chispear los ojos de los hombres de mundo; no; él ha escogido la nota delicada, triste muchas veces, propia para concordar con la caída de la nieve—pétalos blancos desprendidos de una bóveda gris.—Son cuentos no para ser leídos bajo un árbol en flor, entre una soberbia explosión de sol, sino para saborearlos cabe una lámpara erguida sobre pedestal de ónix, cuya luz atenúa la pantalla de color pálido y mientras se sueña en el silencio de una alcoba, *tête a*

tête con una linda cabecita rubia.

Hay en esos pedacitos de alma la melancolía propia de las regiones donde reina la *Virgen de los ventisqueros* y por donde pasa, salpicando de copos su barba más blanca que la nieve, Saint Cloud, cuando en la iglesia canta el gallo y entonan desde el coro alegres aleluyas para celebrar la llegada del Dios niño.

Troyo ama el invierno; por lo mismo hay frío, mucho frío en su libro; pero, apesar de eso, las corolas—hijas de la primavera de su vida—que guarda este helado joyel, no han de marchitarse; son edelvesias de

los Alpes y vivirán más y mejor entre las glácidas nieves del Norte que bajo el sol abrasante de nuestros climas.

Máximo Soto Hall

Primavera, 1900.

CUENTOS BREVES

I

La Limosna

Había nevado mucho. En los árboles de los boulevares, cubiertos de copos de nieve, parecía que hubiese brotado una tupida florescencia de blancos azahares. Las estatuas lucían albas pelucas de escarcha. Y un viento muy frío, muy cruel,

levantaba el polvo helado de las calles azotando los rostros de aquellos que trajinaban presurosos é iban dejando la huella de sus claveteados zapatos sobre las aceras blanqueadas.

En medio del tumultuoso desfile de los obreros y el barullo de las grisetas pobres que caminaban frotándose las manos mal cubiertas, pasaban los ricos cupés, donde los niños mostraban tras los cristales del ventanillo su aguinaldo de Navidad: al feo Pierrot, que reía; y rápidos, llenando el aire con la loca fanfarria de sus

cascabeles, corrían los trineos, dejando tras si el eco de festivas canciones y de risas sonoras.

Cuánta alegría bajo el cielo plomizo y triste de aquella tarde de Diciembre!

Y mientras todos pasaban é iban lejos como en bulliciosa fiesta, allá en el lejano boulevar,—donde el vendedor de flores rumoreaba su cansada melopea,—y en una esquina, un pobre cieguecillo, tiritando de frío bajo un roído sobretodo, tocaba el violín, implorando así el pan de la noche. De aquella caja descolorida y casi ne-

gra por el uso, brotaba como un lamento la melancólica romanza del Tannhäuser: *La Estrella de la Tarde;* con sus armonías sollozantes y nostálgicas llenó de lágrimas á otro mendigo, ciego también, que en el opuesto extremo de la esquina temblaba de hambre y frío.

Aquel violín, pulsado bajo el poder de la miseria y el sufrimiento, gemía sentidas y tiernas cadencias; á veces sus notas sonaban como gritos escapados de un alma herida y luego languidecían, susurrantes, tenues, con la dulce suavidad de un suspiro. Entre tanto,

su bella música sólo era oída por el otro pordiosero que con el rostro bañado en lágrimas permanecía como en un éxtasis, oyendo y oyendo aquella plegaria que venía de otra alma desgraciada como la suya. De pronto y como si hubiese concebido una idea, echó adelante su bastón, tanteó la nieve y paso tras paso y resbalón tras resbalón, se fué dirigiendo hacia el punto de donde emergía la música. Cuando llegó frente al violinista, hundió su mano en el bolsillo del pantalón, sacó de su profundidad un centavo y con voz temblona y llena de

dulzura, dijo:—«Tomad amigo, que tocáis muy bien.» Y ambos ciegos cruzaron las manos en distintas direcciones. El caritativo pobre dejó caer el centavo, que fué á perderse en la nieve, y contento, paladeando la delicia de su buena obra, volvió las espaldas y se fué, en tanto que el mendigo del violín, cansado de mantener su brazo tendido en espera de la limosna, creyéndose víctima de un engaño, frunció el ceño y pasándose la mano por los ojos se limpió una lágrima.

El Trajecito Blanco

A don Nicanor Bolet Peraza

Tres meses de asiduo trabajo le había costado á la buena mamá el trajecito blanco con que iría su Graciela, como una novia, á recibir la primera comunión.

El día de la Purísima se acer-

caba; ya venía la alegre fiesta en que iban las niñas al templo coronadas de azahares y llevando lindos ramilletes de azucenas para el altar de la Virgen María. Ah! Cuántas veces lloró de envidia la encantadora chiquilla al ver pasar á sus compañeritas muy ufanas con su vestido inmaculado y camino de la iglesia que las llamaba con bullicioso concierto de campanas; pero ella era tan pobre, que no podía arreglarse para ir donde el buen Dios á pedirle que curase á su padre del feo vicio de la embriaguez.

Al fin de muchas economías

y amargas privaciones quedó todo listo para el día blanco de los diez años: un trajecito primoroso, como tejido con alas de blancas mariposas; una corona de azahares, una vela ornada de cintas y unos zapatitos muy cucos, preciosos estuches de raso con que hollaría las alfombras del templo y que luego guardaría muy bien, como gracioso recuerdo, para cuando ella fuese grande. ¡Qué contenta estaba y qué bien le caería todo eso, vestida así con la alba túnica de los ángeles y luciendo entre tanto armiño su madejita de cabellos rubios!

*
* *

Como todo beodo, que busca pretexto para solazarse con más entusiasmo en su vicio, el viejo Lucas encontró el suyo: el cumpleaños de su hijita Graciela. La víspera de aquel día no llegó á su casa después del trabajo, sino que en la taberna, copa tras copa, cantó al placer hasta que le sorprendió el alba. Tambaleándose y con su tarro de pintura roja y sus pinceles de oficio se dirigió á su casa en el momento en que repicaban las campanas para dar aviso á las

almitas infantiles que Dios ya las esperaba.

*
* *

Las ilusiones, mariposillas azules que anidan á miriadas en las cabecitas de los niños, revoloteaban en el sueño de Graciela, engrandeciéndose y coloreándose con mágica brillantez. Ah! qué sueño aquel: muchos ángeles rubios y graciosos le habían puesto unas níveas alas, y en el momento en que iba á volar al cielo, su padre se las arrancó; pero ella como una visión siguió siempre

fugitiva por el inmenso azul.

Despertó en una mañana espléndida llena de gorgeos y de polvo de oro.

Presurosa, como pájaro que deja el nido, saltó del lecho á ataviarse con su trajecito blanco. Pero un grito de espanto exhaló al llegar á la cama en donde había dejado cuidadosamente sus prendas: su padre, ebrio como nunca y tendido allí, roncaba á todo gusto después de haber derramado la pintura sobre el vestidito de nieve, dejándolo purpurino como el manto de un rey.

La muchachita con los ojos

empapados en lágrimas miraba aquella escena con profunda emoción.

Su padre, á quien ella quería tanto, había nublado su día blanco de los diez años!

—Ay, qué desgraciado eres, papaíto mío—prorrumpió con dolorido llanto; por tí, nada más que por tí iba á ir muy bella al templo á rezarle al Señor para que te pusieras bueno; pero ahora..... guarda mi corona de azahares para cuando yo muera.....

Al fin aquel día no comulgó, pero puso en la frente de su padre un beso. Un beso lleno

de inmensa ternura que el beodo sintió llegar á su alma y aletear luego en sus labios en frases de infinito amor.

III

Malicia.....

Marieta amaba á su pájaro muy de veras y le hablaba tan en serio que cualquiera que la hubiese oído creería que se trataba nada menos que de una conversación con una persona.

El muy mimado animalito había sido el regalo de una tía

que vivía en Australia, y desde el primer día de su llegada á la jaula nueva, la linda chiquilla le prodigaba cuidados exquisitos. Sus lecciones de escuela las estudiaba allí junto á él, en alta voz, y cuando concluía, estallaba el ave en una sarta de notas agudas, que la hacían reir á carcajadas sonoras.

Poco á poco el animalucho querido fué aprendiendo muchas cosas nuevas. Cómo le gustaba posarse en el dedo rosado de su ama y sentir la dulce caricia de su mano sobre la cabeza, que le hacía inflamarse de voluptuosidad y agitar

las alas como si fuera á volar.

Un día Marieta tuvo el raro capricho de enseñarle á comer los granos de arroz, colocándolos entre sus labios rojos. Hizo la prueba; puso al pájaro frente á su boca y despacio, despacito, la alegre avecita se fué hirguiendo sobre sus patas oscuras y..... zas! de pronto picó, pero no picó el arroz, prefirió la fresa húmeda y sensual de su boca.

Y entonces ella furiosa, colérica con su labio mordido, exclamó:—Ah ingrato! qué irá ahora á suponer mamá cuando me vea?

IV

Samuel Rodin

A Luis Berisso

Era un raro visionario. Artista de los de buena pasta y bravo compositor. Amaba la música con toda la ternura de su alma delicada y soñaba con la gloria como con una novia ausente. En sus locos devaneos

se iba en rápido vuelo á la mágica selva que guardan rocas hirsutas y donde florece el verde laurel, y volvía sonriendo alegremente de esa peregrinación al país del ideal en el que cobraba nuevas fuerzas para seguir adelante.

Sobre las cuatro cuerdas de su pobre violonchelo desfilaba toda la muchedumbre de su prodigiosa imaginación, vibrando como bajo el poder de una orquesta y se perdía á diario en el estrecho espacio de las paredes de su buhardilla. Los mejores años de su vida los había pasado allí, tejiendo en-

sueños y desgranando melancólicamente la sarta de sus armonías nuevas, hasta que la suerte le deparó un rinconcito en los carteles de anuncio de un teatrucho de Montmartre.

Luego que había logrado salir de su nido de rata, la cosa era ya fácil: el horizonte que se le presentaba era inmenso, un horizonte bañado por nubes de color de rosa.....

Su programa de nueva vida rezaba así: de Montmartre á la Opera, de la Opera á Londres, después á América, y después..... la corona de rosas blan-

cas que ciñe en la cabeza el Exito, el bolsillo repleto de monedas de oro y el hambre en fuga; y Rodin reía, reía, pensando que ya iba á llegar el día en que se hiciera justicia á su talento.

Y ese día llegó. Y el gran visionario, con su violonchelo á la espalda y su rico arsenal de extrañas sinfonías, se encaminó al teatro de Montmartre. Y allí, donde él esperaba el primer triunfo de sus desvelos y de sus largos años de consagración al arte, no encontró, en aquella noche luminosa de su alma, más que la rechifla y las

risas irónicas de los estudiantes locos y de las cocottes medio borrachas que celebraban su curiosa figura de pájaro raro, apagando con su endiablado ruido el delicioso caudal de su música triste.

Por primera vez en su vida Samuel Rodin llegó aquella noche á su cuartucho, azotando las paredes con su violonchelo, tambaleándose de ebrio y renegando entre dientes contra su mala estrella.

Días después el *pájaro raro* de Montmartre voló de su pequeña jaula al jardín del Luxemburgo. Aquel fué su teatro

desde entonces. Al pie de la estatua de Murger tocaba todos los días sus tiernas sonatas, sin tender la mano al transeunte, no; el que se dignaba darle una limosna la deslizaba por la abertura de la panza del violonchelo, porque el artista, clavados sus ojos en el inmenso azul, esperaba, esperaba el día en que se le hiciera justicia y en que viniese un misterioso mensajero y le dijera:—Ven, las puertas de la Opera están abiertas para tí.—

Y todos los días y á la misma hora, Rodin, pasa que pasa el arco por las cuerdas de su

instrumento, pensaba en la corona de rosas blancas que no venía.

Y llegó el invierno con sus ráfagas frías y su lluvia de plumillas cristalizadas, y el visionario, con el estómago aguijoneado por el hambre y el rostro flagelado por el aire glacial, siguió dando al viento sus sentidas armonías, bajo la caída del polvo helado.

Hasta que una mañana un grupo de estudiantes que pasaban charlando alegremente encontró rígido, muerto, al pie de la estatua de Murger al pobre Rodin, circuída su cabeza,

poblada de bucles negros, por una corona..... de flores de nieve.

V

Madre!

A Luis G. Urbina

Ya era alta noche. El estruendo aumentaba: música disonante que emergía de dos violines y un piano y que la taberna entera acompañaba con el retintín de las copas llenas, que se chocaban para marcar el

compás de uno de esos valses locos que parecen llevar en sus notas el alma roja del whiskey.

El humo de todas aquellas pipas negruzcas se había ido condensando poco á poco hasta flotar como una nube oscura que mantenía en la penumbra una porción corrompida de rameras y bebedores, heces del vicio que se juntaban allí en el lejano *Bowery* para ahogar entre blasfemias y carcajadas histéricas los gritos desesperantes de la carne.

Allí, bajo la pálida luz de una lámpara de gas que agonizaba,

se adivinaban semblantes mustios, lindos ojos negros hundidos entre ojeras cárdenas; cabelleras rubias, desordenadas por el manoseo constante; beodos que dormían con las bocas abiertas y espumantes, como fieras fatigadas de la lucha. ¡Oh, y sobre todo aquello, el himno infernal de la miseria, que brotaba de todos los pechos; las prostitutas ébrias, que recordaban que no había pan en casa y vendían sus besos, sus pobres bocas marchitas que hacían sangrar con ósculos crueles los hombres rudos!

¡Oh, cuántas tristezas ocultas

bajo el torbellino de esa orgía que se desbordaba en el espíritu, mareándolo con sus pestilencias de pantano!

Cuando en la taberna se celebraban así los placeres de la vida, cuando el vértigo cantaba su rabioso ditirambo, hubo un momento de conmoción. Todas las miradas se dirigieron hacia un punto. En el umbral de la puerta, que sólo traspasaban *ellos*, estaba inmóvil, pálida por la emoción, una mujer que vestía el uniforme de la «Salvation Army.» Aquel semblante compasivo, aquella paloma blanca que llevaba en sus alas invisi-

bles el consuelo para las almas enfermas, excitó momentáneamente una oleada de insultos.

—«¡Afuera, ni un paso más aquí, villana!» farfulló una muchacha que tenía una mejilla ensangrentada, en tanto que arrojaba sobre la cabeza de la Hermana una copa llena de licor.

Mientras resonaban los aplausos que aquella escena había producido, ella, con la cabeza altiva, se acercó á la ramera joven y con tono suplicante la dijo:—Por piedad!—y sacando un pañuelo le limpió la sangre de su mejilla herida.

—Y bien, exclamó la mujerzuela, qué quieres de mí?—Vengo á recordaros, mi buena amiga, que hay un Dios.....—y no la dejó concluir; una carcajada burlona le azotó el rostro á manera de un duro latigazo. Y entre risas continuó:—sí, un dios, el dios que yo amo, el que lleva corona de pámpanos y aguijonea incansable los ijares de un asno.—

—¿Y no tienes madre? prosiguió la Hermana.—¡¡Mi madre!! ¡Ay, si; pero calla, calla por Dios! que hace días vengo ahogando su recuerdo en el vino.—Infeliz! y no piensas que

tal vez ahora que tú ríes y gozas, ella llora por tu ausencia y reza por tu alma pecadora?

—Madre mía! exclamó, y se echó á llorar.—Sí, hace tres meses no más, la dejé con sus cinco pequeñuelos que se morían de hambre..... y ella entonces estaba enferma, muy enferma. ¿Oyes cómo hace crujir la nieve los cristales?.... Dios mío!..... Si tendrá frío en estos momentos..... si habrá muerto!!

Madre!! Madre del alma!! gritó entre sollozos, y asiéndose fuertemente de la mano que le tendía la Hermana, dijo:—Vamos allá! Y como una loca

se precipitó afuera, dejando tras si una tempestad de maldiciones que repercutían á lo lejos con ruido de pavoroso vendabal.

VI

El Vendedor de Periódicos

A Alberto Arias Sánchez

Una vez que en la oficina de «La Patria» se hubo hecho el reparto de los periódicos, los pequeños vendedores con sus rollos bajo el brazo, atropellándose los unos á los otros, como bullanguera desbandada de pá-

jaros, echaron á correr por diferentes puntos, invadiendo la ciudad con el constante clamoreo de las últimas noticias de la guerra.

Era el calamitoso tiempo en que la patria llamaba á sus soldados para correr á la defensa nacional, y por todas partes se veía el galope incansable de los oficiales que iban y venían llevando órdenes.

En la Avenida Central dos granujas, vendedores de periódicos, sentados cabe la portada de un hotel, hacían su venta, gritando á intervalos y con aflautada voz: «La Patria», á cinco cen-

tavos ¡«La Patria»! En aquellos momentos un ruido de música y de gritos entusiastas se dejó oir en la calle próxima; era un batallón de alegres muchachos que precedido por la banda militar salía aquella tarde para las fronteras. Al oir la algazara, uno de los chiquillos, dejando allí su rollo de periódicos, echó á correr hacia el punto por donde pasaban los soldados. Entre tanto y aprovechando esta oportunidad para destruir su competencia, el otro pilluelo cogió el puñado de «Patrias» y hundiéndolas repetidas veces en el fango de una charca formó con

ellas un sucio montón, que volvió á dejar en su mismo lugar, huyendo luego á todo escape.

Cuando el ausente chiquillo regresó, exhaló un grito de espanto al ver lo sucedido y rompió á llorar amargamente, pensando en que aquella noche no iba á haber café en su casa.

Y de cara á la pared siguió llorando con un berreo que lo hacía extremecerse. Un caballero que pasaba se detuvo á mirar el chico.—¿Por qué lloras? le preguntó, y el granuja encarándose con el extraño personaje le contestó:—Señor, por «La Patria».

Y aquel extranjero, recién llegado á San José, fuése pensando como los niños en este país y á tan tierna edad lloraban ya por la patria.

VII

Marfil

En aquella tarde otoñal y mientras el viento impelía la hojarasca dorada que caía de los árboles, y las cigarras chillaban entre los movedizos arrozales, en la pequeña casa blanca y en su delicioso saloncito de exóticas curiosidades, Kung-Seng, el melancólico bardo chi-

no, soñaba con el caprichoso vuelo de las grullas y el amor de las mujeres amarillas.

Su minúsculo gabinete era un precioso estuche, lleno de valiosos dijes de marfil y ricos tapices bordados de gárgolas y dragones fieros. Biombos cubiertos de cigüeñas rosadas y platos de laca yokoamesa, donde se esponjaban perfumadas y frescas peonías.

Y bajo lindos quitasoles, pintados de anchas camelias, se erguían los severos bustos de dos bellas emperatrices, ante las cuales el poeta quemaba incienso.

Marfil

Kung-Seng, reclinado sobre muelles cojines, después de larga y mística abstracción, encendió su finísima pipa de espuma de mar en una llamilla azul que se agitaba sobre un trípode de marfil. Principió á fumar á grandes bocanadas y á poco quedó envuelto en una densa humareda que se esfumaba en tenue palidez sobre los bustos de las emperatrices. Entonces y en su dulce sopor, soñó que muy quedo y á hurtadillas iba surgiendo del extremo de la pipa, envuelta en azul espiral, una encantadora figura de mujer, quizás de una

princesa tan grande como el dedo meñique, de cabellos oscuros que ondeaban sobre sus hombros y de ojos chispeantes y negros como dos puntitos de azabache. Subió vaporosa, sonriendo graciosamente sobre su peana de nubecillas blancas, vió al poeta y le envió un beso con la punta de sus dedos pequeñitos. Después, lentamente, lentamente, bajó y se fué ocultando en la cabeza de la pipa; sólo la cabellera quedó afuera, flotando entre el humo.

Kung-Seng se extremeció y silenciosamente alargó la mano para aprisionarla por los cabe-

llos; sus dedos tocaron la brasa y despertó sobresaltado. Al ver la amarga realidad de aquel sueño, se levantó lleno de ira y arrojó al suelo, quebrando en mil pedazos, la pipa maldita de donde había brotado la mágica visión de la única mujer que le había sonreído.

VIII

El Fin del Poema

A José María Barreto

Allá, en el lejano barrio de torcidas callejuelas, vivía en su destartalado cuartucho el pobre *Mirlo de París*. Su pequeño cuarto era un nido de hambre y de poesía á donde llegaban los ecos distantes y alegres de

la gran ciudad. Allí, en su apartado rincón, el poeta cantaba el himno á la luz y creaba la rima bella y potente.

Hacía ya algún tiempo soñaba con el pujante vuelo de las aves. Oh! Amaba las alas, las alas que cruzan la gran inmensidad y conducen hasta el azul. Su sueño, en el que también se mezclaban los horrores de la miseria, era un poema, y ese poema, con su parvada de versos locos y sublimes, le llenaba el cerebro á manera de pájaros bravos y cautivos.

Y aquella noche de crudo invierno, con el estómago vacío

y las manos ateridas y heladas, miró fijamente por el ventanillo de su buhardilla hacia allá, hacia el riñón de la gran ciudad donde se alzaban los palacios iluminados, y dijo: «Para vosotros, ricos potentados que ahora, en estos momentos de mi tristeza, os calentáis á la lumbre de la estufa y lleváis el estómago satisfecho; para vosotros, los poderosos que despreciáis el harapo y os reís del verso sensible que canta el dolor; sí, para vosotros, voy á abrir la puerta de la jaula á mis fieros aguiluchos; ya sentiréis el mordisco de su corvo

pico». Y agarrando la pluma puso este título: *La Miseria.*

La buhardilla enmudeció y en medio de aquel silencio sólo se oía el arañar de la pluma sobre el papel y á veces un nervioso castañetear de dientes.

Las cuartillas se amontonaban una tras otra, garrapateadas á la ligera por el rasgueo incesante de la pluma. Las horas pasaban y pasaban.

Fuera, la nieve con su monótona canción, y dentro, la loca fiera olvidada del hambre y del sufrimiento. Ya el poema iba á concluirse cuando de pronto un grito desesperado: «No hay tin-

ta!» y el poeta se irguió como un loco. Y aquel eco, que resonó en las tinieblas como un gemido, era el grito del luchador que quiebra su espada en el combate, la maldición del mendigo á quien se le arrebatase el último pedazo de pan que come; y entonces, como un león que se vengara á sí mismo, se hundió la pluma en un brazo y empapándola repetidas veces en la roja tinta de sus venas, escribió, triunfante, sus últimas estrofas, bellas y atrevidas como bandada de soberbias águilas!

IX

En la Playa

Cuando descendimos del tren teníamos el mar ya en frente. Ella no se imaginaba que ese mar de que tanto yo le hablaba en mis versos, fuese tan grande y tan azul. Loca de emoción, admiraba y admiraba cómo iban y venían las olas, cantan-

do siempre su monótona canción. En tanto que ella corría sobre la arena, yo la miraba y me parecía más bella que todo cuanto encerraban mis extensos horizontes.

De pronto y con un gracioso mohín, se volvió á mí.

—¿Quiere Ud. que me quede aquí quietecita, esperando aquella ola, aquella grande que viene allá?

Y la ola enroscada, formidable, que parecía que venía á envolverla y arrebatármela, fué disminuyendo su tamaño, y como una onda de níveo encaje, saltó sobre su falda, deshacién-

dose en muchas gotas que la besaron.

¿Desde dónde vendría aquella ola y cuántos años pasaría surcando la inmensidad para venir á besarte?

X

La Mariposa de Luz

El era muy joven. Apenas le empezaba á apuntar el rubio mostacho y ya había hacinado una centena de cuartillas, todas llenas de fragancia y vida. Versos primorosos y delicados como flores de lis, y prosas atrevidas en que había desbordes

de champaña y gigantes aleteos.

El poeta amaba la luz, le encantaban las flores y le enloquecían las alas potentes de las águilas. Oh! las alas que remontan el vuelo al inmenso azul.....Y sobre todo, y más que todo, amaba *la mariposa de luz*, que tiene su capullo colgado en el gran cielo y que desde allá se viene volando, volando. Era su ideal.

Sus más bellas estrofas cantaban el rubio peto y las alas adamantinas y casi impalpables que, cuando se agitan y tocan en su raudo vuelo una cabelle-

ra, esparcen en el espíritu algo así como una somnolencia hipnótica.

A su verjel habían llegado mariposas rojas, azules, blancas..... pero esa mariposa que camina sobre un rayo de luz y deja tras sí una onda luminosa como si fuese una estrella, esa nunca se había posado en ninguna de sus flores y por eso estaba triste y en sus sueños de enamorado la cantaba y la abrazaba tiernamente como si fuese una Elsa.

Un día el poeta paseaba bajo la sombra de los grandes olmos de su jardín; ya había concluí-

do el poema de sus ansias infinitas en que coronaba á la Esperanza como á una novia y que titulaba «El vuelo del Condor,» y aquel día bajo la sombra de los grandes olmos vió cruzar por su verjel *la mariposa de luz*, la misma mariposa que tiene su capullo colgado en el gran cielo y que al volar deja tras sí una onda luminosa como si fuese una estrella. Y él la vió pasar con sus alitas adamantinas, y fascinado y seducido por su encanto, se lanzó en pos de ella. Dejó tras sí el verjel y siguió, siguió, cruzó largos caminos llenos de abrojos y cam-

broneras que le desgarraban las carnes, y la luz del día le vió perderse entre las sombras, persiguiendo su fugitivo ideal. Tambaleando, tanteando la oscuridad con sus abismos, iba en medio de la noche cayéndose y levantándose y siempre atraído por aquella estrella que volaba.

Ya iba á perecer de cansancio cuando sus manos tocaron la divina mariposa. Loco, delirante y con la frente altiva y orgullosa, viéndose poseedor de su ideal, se sintió dios, y en su soberbio afán estrechó tanto hacia sí aquel dorado peto, que

sus alas se deshicieron en polvo y cayéndole en los ojos le dejaron ciego en medio de las sombras de la noche.

*
* *

Pobre poeta! Cuántos como tú han perseguido *la mariposa de luz* y han sido cegados con el polvo de oro de sus alas.

XI

Sangre de Rosas

Lissie tenía dieciséis años ya cumplidos y bien empleados y también tenía un hermoso gato de angora, blanco como un copo de algodón y á quien mimaba tiernamente, prodigándole envidiables caricias.

En el florido parterre de su

casa conversaba aquella tarde sobre diversas futilezas un grupo de señoras y alegres muchachos. Lissie entre tanto jugaba con su gato, soplándole dulcemente en el hocico; pero el diablillo del animalejo no estaba de bromas aquel día y encarándose enfurecido con su dueña, repentinamente levantó una de sus manos y con toda fuerza clavó la garra en el pecho de la pobre Lissie, que asustada dió un grito de terror.—¿Qué te sucede? Qué te ha pasado?—la preguntaron todos en coro.

Y la afligida muchachita, con los ojos llenos de lágrimas y

el rostro encendido como una amapola, contestó entre sollozos toda turbada:—Nada, que el malvado gato me arañó aquí..... aquí en el cuello, y sobre el cuello no había ninguna señal que denunciara el arañazo; pero en seguida una manchita roja apareció tiñendo la blancura inmaculada de su corpiño sobre el mismo punto donde se esponjaba uno de sus encantadores senos que, como palomita herida, palpitaba en el tibio nido de su corsé.

XII

El Violín de Leda

A Julio Flórez

La abuelita se moría. Hacía ya dos semanas que lenta, lentamente se iba consumiendo. Ahora su semblante tenía la blancura de un marfil viejo; sus ojos estaban casi apagados por el dolor y sólo brillaban cuando oía en la larga escalera

el trotecillo acompasado de su pequeña Leda, que regresaba de la calle, á donde iba á buscar el pan, después de muchas horas de ausencia.

¡Oh, y qué frío hacía aquella noche!.... La nieve golpeaba inclemente los cristales desvencijados, que parecían ceder al impulso del viento.

La buhardilla, encaramada allá sobre sus seis pisos, semejaba un nido vacío que la tempestad se iba á llevar en su furor. Y sola allí la pobre viejecita en su lecho de muerte, viendo entrar por las grietas de los ventanales el polvo de

nieve que traía el frío punzante, pensaba en la muerte que sentía acercarse, en los días pasados en que no faltaba pan en su casa y en su pobre Leda, la nieta de su corazón, que había ido lejos á tocar el violín para implorar la caridad, y no venía... ¡Ah, qué frío! y el último pedazo de carbón ardía en la estufa!

* * *

Leda había recorrido muchas calles en compañía de su violín, de ese querido amigo de su infortunio que lloraba las tristezas de su alma desamparada;

había ido al pie de los grandes palacios á gemir su amada música de Beethoven y Chopín, y los ujieres la habían despedido con desprecio. Era un día fatal. Siempre llevaba algún consuelo á su hogar, pero aquel día ya era tarde. La noche la había sorprendido sollozando sus armonías á la puerta de un templo. Allí, y mientras del cielo de París caía la nieve, ella tocaba la *Canción sin palabras*, de Mendelssohn. Era la última invocación que hacía á la caridad en aquella noche cruel de su destino, y por eso sus notas se iban llorando como niños huér-

fanos y se perdían en las brumosas lejanías, como suaves rumores de aleteos.

Ya la nieve había blanqueado su sobretodo negro, y sus manos heladas y doloridas no podían sostener más el violín, cuando cesó de tocar, y con el rostro inundado de lágrimas apretó contra el corazón su querido instrumento, el único amigo después de su abuelita y el que tantas veces las había salvado del hambre y la miseria; lo limpió cuidadosamente, lo puso en su bolsa raída y luego echándoselo á la espalda se fué, se fué chafando la nieve

con sus zapatos claveteados y se perdió en medio de la muchedumbre elegante que salía de los teatros.

*
* *

Cuando la agonizante viejecita oyó el trotecito de su Leda que subía, no pudo incorporarse en la cama: rígida y medio paralizada por el frío que había seguido á la ya extinguida lumbre, se contentó con sonreir, cuando la pequeñuela entró con el cuerpo bañado de agua y los ojos de lágrimas. ¡Oh madrecita, dijo, qué mal día!.... y no

pudo contener el llanto al ver á la enferma que enmudecía y que con la mirada buscaba el consuelo de sus manos pequeñitas para llevarlas á sus labios. ¡Abuelita mía, madre mía! murmuró, y precipitándose sobre su lecho, la besó en la frente, en las manos, en la boca, como si con sus besos quisiera reanimarla. Qué hacer?.... Ya no había carbón para dar calor á aquel cuerpo, y paseando su mirada alrededor, vió la única silla que formaba el mobiliario del cuartucho, y con toda la fuerza que le permitían sus bracitos, la quebró

y la echó á la estufa. A poco, la buhardilla se iluminó, y el calor lentamente fué derritiendo la nieve condensada en las ventanas; y la abuela, como si volviese de un sueño, abrió los ojos, y sus labios dijeron algo ininteligible.....

Qué alegría experimentó entonces la pequeñuela. Tenía ya lumbre, pero faltaba pan, y para hacer olvidar el hambre á la pobre agonizante y para acallar sus dolores, tocó el violín muy quedo.

Ahora era Chopín quien calmaba el otro mal con sus blandas armonías.....

De pronto las llamas se apagaron, y al calor siguió un frío intenso que helaba y hacía mantener las manos abiertas como si fuesen de madera.

La abuelita se moría. Pálida como un cirio y con los ojos inmóviles, su respiración se iba acortando poco á poco con pequeños intervalos en que mezclaba quejidos lastimeros que apenas se oían. Leda, como una loca, con el alma destrozada por el dolor, se asía á su madre. ¡Oh, y no había lumbre para prolongar su vida!

En seguida una idea la conmovió: su violín! su violín!....

y sin vacilar lo estrechó contra su corazón, como á un hermanito querido á quien dijese adiós para siempre, abrió la puertecilla de la estufa y precipitadamente lo arrojó en las brasas; tornó al lado de su abuela moribunda y cuando empezaba á esparcirse la luz en la buhardilla y las cuerdas chirriaban sus últimas notas, la enferma tembló súbitamente y cerró los ojos. Y la pobre niña, que nunca había visto morirse á nadie, pensativa y silenciosa á la orilla del lecho se quedó esperando, esperando que despertara!

DEL MISMO AUTOR

En preparación:

Leyendas de mi terruño